



LA GRAN ATRACCION

En el cine... (No digo cuál cine sea, porque no soy tan tonto, que haga reclamos para dar a los cines un bombo gratis. Quien quiera propaganda, que pague el gasto).

El parentesis cierro y ahora prosigo: Hay un cine en Manila, donde hay ya tantos, con películas *talkies* y que presenta todo, según advierte, *sincronizado*.

El tal salón de vistas de movimiento es un local corriente; no es cosa, vamos, de que al verlo, la gente se quede bizca ni se vuelva tarumba por su entusiasmo.

El patrón, ya se sabe; los arquitectos no se quemán las cejas en ir pensando en inventos de adornos ni de molduras ni darle novedades al decorado.

Butacas apretadas, muchas arriba y muchas, tan molestas, también abajo, donde, para sentarse, se suda el quilo y se quedan los cuerpos *compenertrados*.

Paredes recargadas de colorines, balcones, que simulan que dan a un patio y colgados en ellos unos mantones, puestos allí, sin duda, para orearlos.

El techo, ya es sabido; simula un cielo, pero que ¡vaya un cielo, Dios soberano! Si el Cielo fuera eso, ¿quién se tomara, para ganar el Cielo, ningún trabajo?

Y ahora, vamos al lienzo... ¡Qué novedades! Argumentos manidos, tontos, pesados, escenas de Broadway, siempre las mismas o lances del Oeste, del mismo calzo.

Enseñanza de expertos, profesionales en robos, atropellos, broncas y asaltos, el desnudo en el Arte... ¡fuera vestidos! Quien tenga buenas formas, a demostrarlo!

Amantés que se soban y se dan besos al público poniendo los dientes largos, envidiando los hombres a Warner Baster y envidiando las hembras a Greta Garbo.

Pues bien, en el tal cine, que es como todos, sin que presente nada de extraordinario, en funciones de día como de noche se va por todo el mundo solicitado.

El vestíbulo lleno, de bote en bote; imposible moverse ni dar un paso y es un héroe quien logra, de la taquilla, a uno de sus barrotes echarle el garfio.

El reboso de gente llega a tal punto, que de puertas afuera sigue engrosando y no son solamente ya las personas las que allí se aglomeran, sino los autos.

Pero, ¿cuál es la causa de todo esto? ¿Por qué se paraliza y obstruye, el tráfico? ¿Se trata de una cosa del otro jueves? ¿Es tal vez que reparten oro acuñado?

Pues ya verán ustedes como se explica la atracción del tal cine y el entusiasmo, por lo cual se disputan el comprar *tickets* los jóvenes lo mismo que los ancianos.

¡Hay una taquillera!... ¡Vaya una moza! ¡con un cuerpo... una cara... ¡y un todo, vamos! que el mirarla tan solo, quita el sentido. ¡Nada; una criaturita... que ni de encargo!

Con esto se comprueba, se justifica, la emoción que en suspenso tiene los ánimos y que yo, que la he visto ¡por mi desgracia! sea, de los del bullicio, uno de tantos. Manila, diciembre de 1930.

DAVID SINARPA.